

José Pérez de Acevedo

Sesión necrológica celebrada el día 6 de abril de 1918, primer aniversario de su muerte, por el Ateneo Científico, Literario y Artístico.

Su personalidad íntima

Díscurso por don PEDRO BALLESTER

CUANDO una asociación de cultura se congrega para rendir tributo a la memoria de uno de sus más distinguidos miembros, en el aniversario de su muerte, el comun sentimiento de quien habla y del auditorio requiere, como más genuina forma de expresión, las galanuras de la elocuencia. Pero la elocuencia es un don de que la naturaleza no se muestra pródiga; y digo que es un don natural, no adquirido, porque jamás ha podido convencerme el *poeta nascitur, orator fit* que nos enseñaron en las aulas.

Perdimos al orador del Ateneo; perdimos aquella voz elocuente que en brillantes períodos tantas veces nos hizo sentir, con fruición intensa, la belleza en su forma más sublime, la belleza del verbo humano. No hablemos de sus buenos tiempos, inolvidables en esta casa. Recordadle en sus postrimerías, cuando pocos meses antes de su muerte, invadido su cuerpo por parálisis progresiva que le cortaba el aliento y pervertía, a intervalos, su pronunciación correctísima, coronó nuestra *Fiesta de la Raza Ibero-Americana* con un discurso-resumen, hermoso por la forma, de elevados conceptos sociológicos y políticos en su fondo, y descollando en el conjunto tan exquisito sentimiento de amor a la Patria y a la Humanidad que nos conmovió a todos, hasta humedecerse muchos ojos.

Mi ofrenda a la memoria de Acevedo, en el estilo seco y descarnado que me es propio, no os conmoverá, ciertamente; pero sí apreciareis una vez más, sin esfuerzo mio alguno, el gran valer de su privilegiado cerebro que vivió y feneció en perenne comunicación

con la sabiduría. Porque tengo la seguridad de no exagerar afirmando que pocos hombres de nuestro tiempo habrán leído tanto y tan bueno, y muy pocos he conocido también que en tan alto grado asimilaban la lectura, sin indigestiones intelectuales y con una afirmación tal de la propia personalidad que sus convicciones y creencias, en los diversos órdenes del humano saber, no fluctuaban al embate de las más heterogéneas y contradictorias teorías.

Yo no se de obra, antigua o moderna, ni de autor algo conocido, de que Acevedo no diera, de simple memoria, datos precisos y bastantes para formarse juicio acerca del objeto de la consulta. Era lo que vulgarmente, y de ordinario con menos verdad, se llama una biblioteca de carne y hueso; condición rarísima que requiere inteligencia muy cultivada, excepcional memoria y pasión por los libros, como la sintió Acevedo hasta el supremo trance en que emitió su espíritu. Ya en la agonía, rendido el cuerpo y velada la vista, hizo que una de sus hijas le leyera las poesías de Gabriel y Galán, uno de sus predilectos poetas nacionales; y así murió con muerte digna de un Plinio o de un Petronio.

Murió como había vivido, gozando de la sublime embriaguez que es consolación en las adversidades, freno de la soberbia, tolerancia en vez del pensamiento ajeno, y ecuanimidad en los conflictos sociales. Si alguna verdad viene comprobada por la experiencia de los siglos es que no hay mejor amigo que el libro. En la adversidad nos alivia, distrayendo nuestra mente o exhibiéndonos más crueles dolores. En la dicha dispone el ánimo para resistir con sereno valor las compensaciones de la Némesis, que diría Paul Bourget: Demostrándonos a la continua que lo ignoramos todo, porque sabemos muy poco, templa nuestros impulsos de vanidad y orgullo. Y convenciéndonos, en fin, de que la verdad absoluta no es accesible a la razón humana, en el estado actual de la ciencia, y quizás no lo sea nunca, nos impone por norma de juicio el respeto para todas las creencias, aun, en apariencia, las más erróneas. Quien alcanzó compenetrarse con tan fiel amigo, en el grado conseguido por Acevedo, no ha podido ser desgraciado, frente a todas las miserias que nos rodean, ni se ha sentido dominado por la vanidad o

la soberbia, ni su corazón ha sucumbido al fanatismo y a la intolerancia.

Lo más notable en la vida estudiosa de nuestro amigo fué la universalidad de sus conocimientos. Así como el célebre Pico de la Mirándola se comprometía a discutir *de omni re scibili* (osadía que Voltaire castigó con la coletilla *et quibusdam aliis*), Acevedo, sin cometer jamás pecado de inmodestia o petulancia, adoptó por divisa en sus estudios el *nihil humanum mihi alienum est*. No rechazó libro alguno jamás. Penetró en la entraña de cuantos cayeron en sus manos, desde las concepciones más alambicadas de la filosofía alemana hasta el modesto manual del perfecto cocinero.

No es que dilapidara el precioso tiempo de nuestra vida, tan corta, en nimiedades de bibliófilo o en el acarreo de materiales para servir una erudición infecunda. Es que a medida que uno avanza por la penosa senda de las investigaciones científicas, en cualquiera de las múltiples disciplinas del conocimiento, más se produce la convicción de que la ciencia es una: la unidad en la variedad; y de ahí que el intelectual más especializado necesite de una base inicial vastísima en los diversos órdenes de la cultura, a la vez que, laborando en su especialidad, ha de estar siempre atento a los movimientos progresivos, no solamente de las ramas congéneres a la suya, sí que también de las que, tal vez por rutina, nos avezamos a calificar de heterogéneas.

Y dejando lo profesional; en la especulación pura—que no sólo de pan vive el hombre—¿existe, para quien ha alcanzado alto grado de cultura, placer comparable a una enseñanza nueva, desprendida del libro que cae en sus manos? Y no digamos, si el conocimiento adquirido satisface nuestro raciocinio acerca de los trascendentales problemas biológicos, sociales o de ultratumba, cuya solución persigue el sabio moderno de manera muy diversa a como actuaron los antiguos.

Sería en mí osadía grave invadir desde esta tribuna el campo de las ciencias físico-químicas, exactas y naturales. Pero no he de omitir que la Historia, la Geografía antropológica, la Psicología, la Sociología, la Economía política, el Derecho mismo, con sus apa-

riencias de convencionalismo, todas las ramas del saber humano que algo impropiamente catalogamos en la Sección de ciencias morales y políticas, no constituyen ciencia útil y trascendente al progreso de la humanidad si no se apoyan en la Cosmología, la Biología, la Etnografía, la Antropología, como ciencias experimentales.

Para orientarse hacia la alta cultura es necesario investigar con Häe­kel los orígenes del universo y con Le Bon y sus predecesores la evolución de la materia y de las fuerzas; dudar con Schopenhauer acerca de la voluntad de la Naturaleza; contemplar con Flammarion la bóveda celeste; escudriñar en la madre Tierra, con Huxley y Büchner, hasta el hallazgo del hombre antediluviano o de las cavernas; confirmarse con Darwin en el gran principio de la selección de las especies; estudiar con Eliseo Reclus, Engels y otros muchos, en el hombre primitivo, desde el esquimal hiperboreo y el apache americano al indígena de Australia, la génesis de los organismos sociales propiedad, familia, Estado; penetrar, en fin, con Montesquieu en lo más íntimo de las sociedades humanas, para aquilatar el espíritu de las leyes que las rigen.

Los que gozáis de profesión científica difícilmente podeis formaros idea del esfuerzo que implica, para el historiógrafo, el jurista, el economista, el sociólogo, hacerse un caudal de conocimientos en las ciencias físico-químicas, exactas y naturales, atendidas la inopia de nuestra instrucción de liceo, o segunda enseñanza, y la no menos pobre enseñanza superior o universitaria.

Acevedo triunfó en toda la línea y tuvo, además, arrestos para recrear su espíritu con la cultura literaria y artística en todas sus manifestaciones, menos la Música, a la cual fué siempre insensible. Llegó, pues, a la meta, si se me permite la frase: fué un filósofo y fué un pedagogo, lumbreras las más refulgentes de toda sociedad, pues que el filósofo encauza el progreso hacia la verdad absoluta, mientras el pedagogo dota a las generaciones que nos siguen de todas las verdades relativas que constituyen el acervo de la humanidad.

Otra circunstancia extraordinaria en la vida de Acevedo es que en sus últimos años, minado por la enfermedad que le afectaba

gravemente la vista, resistió la inmensa lectura como en sus mejores tiempos. Y es, también, que cuando se llega a la altura que él había alcanzado se devoran los libros con celeridad progresiva. He oído de boca de testigos presenciales que cuando Castelar estuvo en Palma, iba todas las noches a la casa de Villalonga (Escalada) donde existía una de las mejores bibliotecas particulares de España; allí cada noche se proveía de algunos volúmenes, y al siguiente día, indefectiblemente, los devolvía, impuesto de su contenido.

Esos hombres privilegiados se enteran de una obra, por regla general, en un espacio de tiempo infinitamente más corto que el necesario para su material lectura. Por algo se ha dicho que casi todos los libros ganarían en utilidad si se les espurgara de las nueve décimas partes.

Había que ver al amigo Acevedo, junto al hogar del salón de tertulia, dedicado por largas horas a ese trabajo de asimilación y espurgo, sin que ello le obstase para terciar en la general conversación y para responder, con la rapidez antes mencionada, a cuantas consultas le dirigíamos.

Quizá por lo mismo que pudo apreciar en tantos millares de volúmenes su pequeña parte aprovechable, Acevedo no escribió libro alguno. De su labor intelectual gráfica sólo quedan artículos periodísticos sobre muy diversas materias y muchos de sus discursos, la mayor parte en extracto, pues limitábase a un esquema que a veces ampliaba para la imprenta con el auxilio de algún amigo.

No son, pues, los escasos escritos que nos ha dejado datos bastantes para reflejar su ilustración vastísima, sus convicciones y sus creencias. La personalidad íntima de Acevedo pudimos apreciarla los amigos en el trato continuo de la vida ateneísta. Permitidme algunos rasgos de su fisonomía intelectual y moral.

En Filosofía reverenciaba a Platón, Aristóteles, los estoicos, Descartes, Kant, como los grandes reguladores del criterio humano; el esoterismo oriental interesaba su espíritu, sin satisfacer sus anhelos; reconocía debidamente la influencia del Cristianismo en la elevación moral del hombre; de Voltaire, el gran demoleedor, manejaba con la facilidad de un manual conocido los 70 voluminosos

tomos de la edición de sus obras completas; mostrábase refractario a las teorías de la escuela *hegeliana* del idealismo dogmático, como también al materialismo panteista de buena parte de los sucesores de Hegel; dentro del moderno racionalismo positivista, Acevedo era espiritualista, creía en un algo de ultra-tumba, más inmaterial e inmanente que el éter, principio y fin de toda materia, fuente y resolución de la dinámica universal; dañábale en sus delicadas fibras la doctrina de Nietzsche acerca del superhombre y de un más allá del bien y del mal; y aunque enemigo particular de la Naturaleza, como declaraba con su peculiar gracejo, por creerla ciega y despiadada, participaba de las convicciones de la escuela darwiniana sobre el determinismo, hoy admitidas por innúmeros pensadores de todas las tendencias. Para Acevedo el ser más desgraciado del Planeta es el salvaje: en uno de sus discursos de Extensión Universitaria pintó de mano maestra las tristezas, el miedo supersticioso, el hambre, las angustias de todo género a que viene sujeto el hombre incivilizado. Por eso, se comprenderá que admirase a Rousseau como un genio y reconociese que sus obras habían ejercido muy trascendental influencia en la evolución social, pero que, al propio tiempo, repugnase su teoría sobre las excelencias del estado natural. No admitía Acevedo la retrogradación en la evolución humana: transigía sólo con el estancamiento por cansancio. Según él, la humanidad actual (la civilizada) es superior en todo a la de los siglos precedentes, incluso en su constitución fisiológica. Un hombre de mediana capacidad torácica—nos decía—no cabe en una coraza de la época de Carlos V. Y es que a medida que la ciencia va domeñando la materia y las fuerzas, se esparce el bienestar, y con él la mejora intelectual, moral y física, por todos los ámbitos del Planeta.

Arraigado en su espíritu el convencimiento de esa progresiva mejora moral del hombre, combatía Acevedo por falaz y perturbadora la teoría, de que ha sido Treitschke el moderno apologista, según la cual la guerra es el sino de la humanidad, por tener su origen en la naturaleza humana, en tanto que la bestia se manifiesta así en el hombre culto como en el bárbaro, no siendo más que un

sueño la idea de la paz universal. Las terribles sentencias *homo homini lupus, bellum omnium contra omnes*, de los pesimistas Hobbes, Locke, Spinoza, prolijadas por los filósofos alemanes que han exaltado esta doctrina del imperio de la fuerza, hoy abonada por la conflagración más cruenta de cuantas ha padecido la humanidad en la sucesión de los siglos. ¿Es que un instinto colectivo, congénito e incurable, empuja periódicamente, con potencia incontrastable, aun a las sociedades de mayor cultura, a la destrucción y el aniquilamiento? ¿Hemos de esperar que tan terrible ancestral instinto será al fin extirpado en los pueblos civilizados, no por el imperativo de las creencias religiosas, de la ética y del derecho, como predicaban los pacifistas, sino por lo inconmensurable de las hecatombes que los inventos de las ciencias físico-químicas nos deparan?

En Sociología, Política y Economía las ideas de Acevedo eran muy precisas, aunque en ciertos aspectos algo paradójicas. Tenía fe en la democracia, en el gobierno de las mayorías, siendo así que, por misteriosa ley de la Naturaleza, los cerebros privilegiados son los menos, constituyendo la aristocracia del talento que o es dominada por el número o subvierte el sistema, dominando ella a los más.—Bien sabido es que la olocracia y la oligarquía son el cáncer de la democracia.—En este punto Acevedo era impulsado, como lo somos muchos, por la lógica mística, que diría Le Bon, en vez de obedecer a los dictados de la lógica racional.

Es verdad que se levantaba rápidamente de su caída, proclamando al Estado, esto es, a la colectividad, el peor de los administradores. Así, tronaba contra el socialismo de cátedra y contra todos los socialismos, desde el de la escuela católica al del colectivismo más radical.

Educado en los principios de la Economía clásica, de Adam Smith, Bastiat y J. B. Say, profesaba como dogmas invulnerables las leyes del libre cambio, del *laissez faire, laissez passer* y de la oferta y la demanda, tan combatidas hoy día, de un lado, por los sistemas de protección arancelaria y del candado, y de otro lado, por el sindicalismo internacional obrero, la lucha del trabajo contra el capital que preconizó Carlos Marx.

Tales principios defendía el señor Acevedo y, sin embargo, más que en otra cualquier materia, se afanaba su espíritu en estudiar e implantar instituciones nacidas en la moderna época al calor de las ideas socialistas, en contra del individualismo, condenado con el epíteto de selvático.

Su simpático optimismo sobre los sentimientos de la humanidad le inducía a buscar el bienestar de todos en las instituciones mutualistas y asociaciones cooperativas, debidas a pura iniciativa privada, sin admitir intromisiones de la Administración pública, ni otro concurso a la grande obra de solidaridad que la municipalización de ciertas mercancías y de ciertos servicios urbanos. Mejor que yo pudiera hacerlo, Acevedo condensó su pensamiento sobre la materia en unos párrafos que voy a leeros de las conferencias dadas en 1908, acerca de las instituciones sociales convenientes a Menorca. (1)

«Todas las asociaciones enumeradas (2) y otras muchas que de ellas naturalmente se derivan, pueden constituir un organismo capaz de extenderse a todas las manifestaciones de la vida social, haciendo más venturosa la vida individual. Pueden transformar la sociedad toda y resolver en bien de todos el problema que en nuestros días se presenta, no más agudo que en otras épocas de la historia, sino más claro, más perceptible y, por ende, más pavoroso.

»No creais que sea un sueño el pensar en que el sistema cooperativo, con sus legítimos y naturales desenvolvimientos, pueda llegar a ser una organización completa de la vida económica del mundo, con superioridad incalculable sobre la actual; esta organización ya existe en la que yo llamaría *cooperación integral*. En ese país modelo de cultura y por tanto de bienestar, en la libre Suiza, encontramos realizado ese ideal que parece un imposible. En el valle de Birseck, canton de Basilea, se ha logrado una organización cooperativa completa, integral. Nació con una cooperativa de consumo que en menos de doce años ha transformado la vida del valle, creando fábricas de harinas, de destilación de alcoholes, de tejas y

(1) REVISTA DE MENORCA, 5.^a época, tomo III, págs. 132 y 204.

(2) Cooperativas de producción, distribución y consumo.

otras industrias; fomentando el trabajo doméstico femenino con la fabricación de géneros de punto; produciendo electricidad no sólo para las necesidades propias, sino para las poblaciones circunvecinas; utilizando las aguas calientes de la fábrica de alcoholes para baños públicos; cuidando también de la vida espiritual, pues publica periódicos y ha establecido escuelas tan perfectas, que se citan como modelos en aquel país, patria de Fröebel, que bien sabeis, posee una instrucción pública adelantadísima. La cooperación, en este valle, satisface todas las necesidades de sus cultos habitantes, que han podido hasta suprimir la moneda, substituída ventajosamente por los bonos y cheques de las diversas cooperativas que agrupadas forman una asociación integral, que a todas partes acude, que todo lo puede preveer, que hace menos dolorosa la vida, enmendando los males que las imperfecciones de la organización social hacen padecer a los hombres; moralizando de esta suerte el alma social y la de los individuos.

»En Obervil, pueblo central de este valle de Birseck, se alza el edificio social de sus cooperadores y tiene un nombre bien escogido: se llama *Zur Zukunft* que en lengua alemana significa: *Al porvenir*. Sí, marchemos hacia lo porvenir, pero debemos hacerlo de una manera consciente, sabiendo adonde vamos, con la mirada fija en un ideal de perfección, gozosos de entrever allá, en las lejanías de lo futuro, como a las sociedades en que imperó la fuerza suceden las que dirigirá el amor por la solidaridad.»

«Practicar estas instituciones (1) eleva el espíritu, es altamente moralizador para el que sus beneficios recibe y más aún para el que las promueve y sostiene, desarrollan el verdadero individualismo, aquel que tiene por lema: *Uno para todos*. Así se puede alcanzar el summum de la perfección moral, de aquella perfección que no se logra sinó promoviendo o por lo menos deseando el bien de todos.

»La marcha de la humanidad no es más que un continuo cambio hacia mejores estados, pero este período en que vivimos, nadie

(1) Instituciones mutualistas.

negará que es de transformación más acentuada, el movimiento social se manifiesta con velocidad creciente y que a nadie escapa por escasa que sea su sagacidad. Luis XV podía decir: «Después de mí el diluvio»; nosotros no estamos seguros de que no nos coja desprevenidos un cambio brusco que puede ser más sangriento y doloroso que el que entreviera el rey de la disipación y la elegancia.

»De todos los lados recibimos noticias que nos dan a conocer como las sociedades humanas van elaborando un mañana distinto del hoy en que vivimos, radicalmente distinto tal vez. Hasta en nuestro país se advierte que se va a abrir una nueva era, símbolos de nuevos tiempos se perciben, algunos bien significativos. Reciente está la adquisición por las sociedades obreras de Madrid de un edificio para establecer la *Casa del pueblo*; el edificio, comprado por la cantidad de 315.000 pesetas, era palacio de un prócer. Signo bien elocuente es éste, señores. Grandes mudanzas simboliza, que los salones construídos para que lucieran sus galas las clases aristocráticas sean el albergue de las sociedades obreras de resistencia, que donde resonaban los madrigales cortesanos se oigan los debates acalorados para preparar las huelgas u otros incidentes de la lucha entre el capital y el trabajo. Signo de los tiempos y gran enseñanza que en país pobre como el nuestro, con sus modestas cuotas reunan las sociedades federadas cantidad tan respetable.

»Para alguno la marcha de la humanidad se presenta bajo dos formas antitéticas; evolución y revolución. Y, sin embargo, no son ambas más que momentos del mismo proceso que se distinguen tan sólo por la mayor o menor fuerza y velocidad del movimiento. No hay más que evolución o cambio, que si va acompañado de estragos súbitos, de sangre y ruina, lo llamamos revolución. El conocimiento de los trastornos violentos, cuyo recuerdo conserva la historia en sus más leídas páginas, ha hecho que muchos creen que sólo de esta suerte se avanza, que la manera de progresar la sociedad es a saltos. Fortificaba esta creencia la teoría que explicaba la formación de nuestro planeta por inmensos trastornos, por revoluciones geológicas tan violentas como rápidas; hoy la ciencia nos enseña que la tierra se ha constituído en su forma actual, más que

por medio de aquellas catástrofes, por la acción lenta, lentísima de los diversos agentes naturales que en períodos que se cuentan por miles y miles de años modificaron la corteza del planeta hasta hacerlo habitable, y las erupciones de los volcanes y los diluvios y los hundimientos no han sido más que episodios menos importantes que el incansable trabajo del viento y el agua que rellenan los valles y desgastan las montañas, y que la labor de obreros archimicroscópicos que ha hecho brotar de los profundos mares innumerables islas.

»De igual manera, los cambios más profundos y duraderos de la sociedad se han hecho por la evolución lenta y silenciosa, más que por los movimientos revolucionarios, erupciones a veces más miedosas que eficaces. Ruidosas e ineficaces muchas veces, pero siempre acompañadas de ruinas y estragos, de sangre y lágrimas y teniendo, también muchas veces, por remate reacciones, retrocesos más dañinos aún. En cambio, por la vía lenta de la evolución se afirman las mayores transformaciones: el cristianismo, que ha sido quizá el cambio más grande que registra la historia, fué la obra silenciosa de los más humildes y destruyó la sociedad pagana, sin otra sangre que la de los mártires cristianos.

»Todo lo que se haga para evitar una violenta sacudida, en la que forzosamente habrían de perderse grandes tesoros del caudal de la civilización, será grande, inmenso beneficio para la causa del progreso humano. No se donde he leído que «si el proletariado podrá salvarse a sí mismo por la asociación, sólo unido a las otras clases podrá salvar a la sociedad.»

»En el problema más árduo, en el de la propiedad, Aristóteles, el pensador más grande que haya existido, pensaba que la propiedad fuera individual y su goce colectivo por medio de la *amistad*. Esto es lo que se pretende hoy día por medio de la *solidaridad* que llamamos nosotros a la *amistad* del insigne filósofo.

»Y todo esto no es un sueño, todo lo que os digo y todo lo que vuestra clara inteligencia puede deducir, es factible. En esta ciudad por unos cuantos céntimos se oye una buena ópera; el secreto de que el espectáculo más caro esté al alcance de todos no es otro

que el número de los concurrentes. Unidos todos por la solidaridad social, podremos oír armonías mucho más hermosas que las creadas por los grandes maestros: las sublimes armonías de un pueblo dichoso.»

En otro orden de conocimientos, excusado es decirnos que Acevedo no veía en la Historia, meramente, la relación de hechos pasados, más o menos interesantes y más o menos verídicos.

De la prehistoria, esto es, de nuestro origen y de lo que somos, cuidan de comprobarlo la Paleontología, la Anatomía, la Geología, la Paleolítica y otras ciencias, por la más concienzuda investigación.

La protohistoria, plagada de mitos y leyendas, es depurada por la Etnología, la Arqueología, la Paleografía, la Epigrafía, etc.

Respecto de la Historia propiamente dicha, recuerdo nuestros diálogos, en los cuales coincidíamos. En la relación de los hechos pasados el historiador y el lector han de buscar tres fines: verdad en el relato, ejemplos edificantes y enseñanzas para el porvenir.

Todos los historiadores, desde Tácito, se han pretendido verídicos e imparciales y, sin embargo, tales condiciones son rarísimas en el hombre. Si el historiador es contemporáneo de los sucesos que relata, influyen en su mente las tradiciones, las creencias, las pasiones, el medio ambiente en que vive. Si, por el contrario, historia hechos de remota fecha, su psicología tiende a desfigurarlos, porque no los ha vivido.

Diversos ejemplos podría citaros en confirmación de estas verdades. Así, Seignobos en su Historia de la Civilización en las Edades antigua, media, moderna y contemporánea (libros muy recomendables y manuales que, aunque no traducidos, Acevedo había adoptado por guía en sus explicaciones) claudica de su imparcialidad al tratar de las guerras de religión, y Thiers en su monumental obra Historia del Consulado y del Imperio, cometió con España pecado de injusticia manifiesta escatimándonos el mérito contraído en la guerra de la Independencia.

La función del historiados se eleva de nivel en los otros dos fines indicados.

Es un factor de moralidad y fortaleza la presentación y el realce de los héroes, de los mártires, de los sabios. Por eso aun hoy, después de tantos siglos, despierta interés tan vivo y es siempre ensalzada el célebre Plutarco que supo, como ningún otro, edificar a la posteridad con su obra *Vidas de los hombres ilustres*, más conocida por el título de *Vidas paralelas*.

Y la enseñanza, fin principal de la Historia como maestra de la vida, según dijo Cicerón, (1) es el comentario, es el elemento subjetivo del historiador o del maestro, y de sus aciertos depende que la lección aproveche o más bien dañe a la sociedad, en su evolución cíclica hacia superiores estadios de cultura.

He dicho antes que Acevedo cultivó también la Literatura: la cultivó no sólo en el aspecto utilitario, sino como recreo de su espíritu.

No era políglota: únicamente hablaba bien su idioma; pero tenía buena base de latín con nociones del griego; poseía las lenguas francesa, italiana y portuguesa, y aunque conocía muy poco el inglés y el alemán, auxiliado por su vasta ciencia no era fácil que sufriese las consecuencias que tan gráficamente previene el célebre refrán italiano *traduttore traditore*, no obstante ser los italianos, según Acevedo decía con frecuencia, los que más se esmeran en las traducciones.

No le conocí predilección por ningún género literario: todo, siendo bueno, lo apreciaba por igual; lo clásico y lo moderno, lo nacional y lo extranjero, lo romántico y lo realista; todo menos el modernismo que conceptuaba—y, a mi juicio, no sin fundamento—una aberración estrambótica de los últimos tiempos, por más que hiciera justicia al talento de muchos modernistas.

Pero el más relevante mérito de Acevedo, aquello de que principalmente le somos deudores fué su actuación pedagógica, en el amplio sentido de la palabra.

Cuando le conocí, a raíz de su venida, era escasísimo el movi-

(1) Hoy la humanidad cuenta con otra *maestra de la vida*, no menos atendible y más gráfica y exacta: la Estadística.—Acevedo la tenía muy en cuenta en sus trabajos.

miento intelectual en esta isla; un sopor analfabético aletargaba a la generalidad, y los pocos que gozaban con el libro vivíamos aislados unos de otros, sin relacionarnos para obra alguna de cultura.

Acevedo fué el potente imán que a todos nos atrajo. Estudiaba yo por aquel entonces las modernas tendencias pedagógicas y sobre esta materia dí mi primera conferencia de Extensión Universitaria. Las conversaciones que acerca de ello mantuve con Acevedo me convencieron que de él tenía mucho que aprender. Le eran familiares el *Emilio* de Rousseau, los tratados de Fröebel y Pestalozzi, el libro *De la educación intelectual, moral y física*, de Spencer, *La Escuela Yasnaia Poliana*, de Tolstoï, *En que consiste la superioridad de los Anglo-Sajones*, de Demolins, traducida por don Santiago Alba, e infinidad de monografías nacionales y extranjeras sobre los métodos de educación integral practicados en las Repúblicas Americanas, en Austria y otras naciones. Buena parte de eso era novedad para muchos que se preciaban de eruditos, y para la pedagogía española, salvo excepciones tan raras como honrosas. Posteriormente me hizo conocer, entre otras obras más modernas, *La educación*, de Bunge, y la *Psicología de la educación*, del Dr. Gustavo Le Bon.

Conociendo Acevedo, tan perfectamente como los conocía, los adelantos de la ciencia en esta materia, no es necesario os diga con que entusiasmo llevó a cabo su apostolado. Preconizó con predilección la enseñanza del niño y de la mujer.

Sin arredrarle los fracasos, cada día presentaba nuevos proyectos para el fomento de la cultura. Pero, don José—le decíamos—¿dónde están el dinero, los medios, la voluntad, la preparación? Y contestaba invariablemente, con su hermoso optimismo: Ya saldrán, ya saldrán. Y seguía, impertérrito, esparciendo la semilla de su cerebro sobre la tierra inculta...

No se si por naturaleza o por hipertrofia del *sentido* de la lectura, tenía Acevedo completamente atrofiado otro sentido: el del prosaismo de la vida práctica. No lo digo en desdoro suyo, ni porque juzgue que la falta de tal sentido le hiciera desgraciado. No los Sanchos, sino los Quijotes han de impulsar el progreso en nuestra

patria. Y creo, sinceramente, más llevadera la vida con el goce espiritual e inagotable del entusiasmo quijotesco que con los carnales deleites del pancismo.

Y concluyo. Un rasgo de la historia de Acevedo pinta su carácter. Pudo obtener una cátedra en la Habana con sólo cambiar de nacionalidad, a raíz de la guerra que determinó la pérdida de nuestras Antillas. Optó por continuar español, y a la Península vino, no parándose ante la probabilidad (realizada) de que en su patria conseguiría, a lo sumo, un puesto harto desproporcionado a su valer, si no a sus méritos oficiales.

Descanse en paz nuestro inolvidable amigo. En este Ateneo perdurará su memoria, como flota en la humanidad el espíritu de sus bienhechores.



La obra educadora del Sr. Acevedo

Discurso por don LORENZO LAFUENTE VANRELL

DESPUÉS de la magistral semblanza íntima de nuestro inolvidable amigo don José P. de Acevedo que acaba de leer el señor Ballester, siento empequeñecido mi ánimo al tener que acometer la empresa, evidentemente superior a mis aptitudes—soy el primero en reconocerlo—de reseñar, aunque sea superficialmente, el aspecto público y social de la obra fecunda del señor Acevedo durante sus pocos años de residencia entre nosotros.

Sólo la convicción de que cumplo un deber rindiendo homenaje de afecto a la memoria de tan buen amigo, excusa ante mí mismo mi intervención en este acto, para la cual invoco vuestra indulgencia en gracia al propósito que me guía.

Partiré de aquella época en que, como ha dicho el señor Ballester, tuvo el señor Acevedo el acierto de congregar a cuantos, sintiendo en nuestra inteligencia y en nuestra alma aspiraciones a

fomentar la cultura local, vivíamos aislados, desconociéndonos mutuamente, sin el calor de la amistad, sin el estímulo de la convivencia, sin el multiplicador energético de la colaboración y del ideal común.

Era el año 1903 cuando el señor Acevedo, que había intimado con el señor Ballester y con él se dolía del indiferente aislamiento en que yacían los que llamaré, aunque la palabra no me gusta, *intelectuales* de la ciudad, convocó por medio de la prensa a las personas de buena voluntad que quisieran ayudar a la fundación de la Extensión Universitaria que, nacida en el Noroeste de España, se extendía por la Península como una nueva reconquista: la de las inteligencias en barbecho que necesitaban las previas labores para una sementera de ideas y de enseñanzas.

Acudí a la convocatoria en calidad de curioso y de aquel momento data mi amistad con el señor Acevedo y mi admiración siempre creciente hacia aquel entusiasta, hacia aquel optimista, como ha dicho el señor Ballester, que a todos comunicaba el fuego de sus sentimientos generosos con la persuasión de su palabra cálida.

Es lo cierto que a mí, que nunca había soñado hablar en público ni aun leer los escritos de mi sarampión literario, me trató paternalmente con su característica benevolencia, me convenció para que participase en la Extensión Universitaria y me llevó a la tribuna, después del discurso inaugural que pronunció con su elocuencia y erudición peculiares, para que, como el más joven de los afiliados, rompiese la marcha en aquel curso de veinte y una conferencias que fué el punto de partida de una labor intelectual que no ha cesado.

El señor Acevedo, secretario y alma de la Junta local de la Extensión Universitaria, hizo con muchos lo que conmigo, despertó entusiasmos, acicateó voluntades, reunió prosélitos y consiguió que su institución predilecta floreciese de tal modo que hizo concebir lisonjeras esperanzas.

A quien tan acertadamente había inaugurado el curso y contribuido además a él con una notable conferencia acerca de *El progreso*, correspondía según voto unánime resumirlo. Aquel resumen,

modelo en su género, que tuve la satisfacción de taquigrafiar, fué impreso (1); en sus hermosos párrafos, repletos de la universalidad de su cultura y de la nobleza de su alma, nos legó una de las más bellas muestras de su oratoria fogosa, en la que, tal era su arte, hasta su voz un poco áspera, su vozarrón, como él decía, adquiría desde las más vibrantes a las más dulces tonalidades, para emitir todos los variados matices de sus sentimientos.

Durante algunos años, mientras la Extensión Universitaria tuvo alientos para subsistir en su primitiva forma de conferencias públicas y en su segunda fase de clases gratuitas nocturnas que se daban en las aulas del Instituto General y Técnico, fué siempre el señor Acevedo conferenciante o profesor, sin que en las crudas noches del invierno le arredrase cruzar por entero la ciudad, desde su domicilio a aquel Centro de enseñanza, no obstante hallarse ya sufriendo los principios de la dolencia que apagó su espíritu privilegiado. Las solemnes sesiones de apertura de curso que celebrábamos en el salón de sesiones del Ayuntamiento, tuvieron siempre el aliciente de la palabra del señor Acevedo, que en toda ocasión estaba dispuesto a comunicar a sus semejantes el fruto de sus lecturas y de sus meditaciones.

Cuando aquella convivencia de elementos intelectuales hizo necesaria la estabilización de nuestras relaciones y el señor Ballester tuvo la iniciativa de darles permanencia en un centro propio, en una palabra, cuando nació el Ateneo, el señor Acevedo, que había sido Secretario del de Madrid, no sólo fué uno de los más entusiastas fundadores, sino que con su experiencia, con su asombroso conocimiento de revistas y de libros, fué un valioso guía para la organización del salón de lectura, de la biblioteca y de las secciones.

Sus conferencias, sus prólogos y resúmenes en veladas literarias, toda su copiosa labor en esta casa, recogida en parte en los tomos de nuestra REVISTA, tenía el doble valor de la ciencia del fondo y de la belleza y la amenidad de la forma.

(1) Extensión Universitaria.—Resumen de las conferencias explicadas en el curso de 1903 a 1904.—Discurso pronunciado en la noche del 18 de Junio.—Mahón, Imprenta de F. Fábregues a cargo de M. Ribé, 1904.—8.º, 30 páginas.

Recordad los que le oísteis sus conferencias acerca de *El Modernismo*, en 1906, las que dió en 1908 sobre *Instituciones sociales convenientes a Menorca*, aquel inolvidable discurso pronunciado en la velada que celebró el Ateneo en honor de la obra poética de Gabriel y Galán y las conferencias que con los temas *El feminismo* y *La educación de la mujer* dió en 1909, el discurso inaugural de nuestro curso académico de 1910 a 1911 en que desarrolló el interesante tema *El analfabetismo en Menorca*, sus dos conferencias sobre *Las Cortes de Cádiz* en 1911 y aquel precioso discurso resumen en la celebración de la *Fiesta de la Raza* en 1916.

Las notas bibliográficas que publicó en la REVISTA DE MENORCA son testimonio de su abundante lectura; sus artículos prueban la variedad de sus aptitudes intelectuales; su trabajo en nuestra biblioteca requería una paciencia y asiduidad benedictinas.

Pero todo esto y el constante ejercicio de la cátedra no bastaban a satisfacer su ansia insaciable de apostolado social y pedagógico. Su espíritu inquieto buscaba siempre nuevas formas de acción: le vimos apoyar al doctor Pons Marqués en la fundación del Dispensario Antituberculoso; promover la fundación de un Ateneo Popular y prestar en sus cátedras, en su tribuna y en su rumbo todos los servicios de su saber y de sus consejos; cooperar a la fundación y gobierno de la Gota de Leche con el doctor Alabern y poner un prólogo a su historial publicado por el señor Hernández Sanz en 1910; auxiliar al señor Roca de Togores en la creación de las Guarderías de Párvulos; excitar a nuestro Ayuntamiento para que emprendiese el estudio (por desdicha abandonado) de la construcción de locales para escuelas graduadas; colaborar en la empresa educativa del Ateneo de Villa-Carlos, a cuyas veladas recuerdo haber tenido el gusto de acompañarle algunas veces, y explicar aquí una cátedra de *Historia de la Civilización*, especial para señoras y señoritas, otra de *Geografía comercial* en la Cámara de Comercio y otras de enseñanzas varias en la Casa del Pueblo, sin dejar de leer cuanto entraba en nuestro salón de lectura y en nuestra biblioteca, con aquella voraz afición y aquella asimilación rapidísima que tan acertadamente ha descrito el señor Ballester. Forzosamente el

espíritu generoso del señor Acevedo, que media la posibilidad de las obras de acción social por su noble afán de implantarlas y perfeccionar con ellas el mecanismo de la organización presente, había de imprimir su huella, el trazo piadoso de su altruismo, en todas las instituciones en que tuviese intervención. Si muchos corazones hubiesen latido al compás del suyo y los recursos materiales hubiesen acompañado la espléndida floración de sus ideales artísticos, sociales y pedagógicos, muy pronto esta ciudad hubiera alcanzado aquel supremo grado de cultura y organización que hoy sólo concebimos como un bello sueño de nuestra fantasía meridional.

Aquel hombre enfermo, demacrado, a quien en su última época veíamos hundido en un sillón de nuestra tertulia, siempre con un libro, una revista, un folleto o un periódico ante los cansados y tenaces ojos; aquel hombre, al parecer inválido del eterno combate de la vida, era un laboratorio de ideas y de sentimientos, era un cerebro poderoso que con sus idealismos de poesía y su caudal de conocimientos variados, impulsaba, impulsaba cuanto veía en torno suyo con aquel clarividente optimismo con que en el prólogo del *Persiles*, *puesto ya el pie en el estribo, con las ansias de la muerte*, cerraba el gran Cervantes su inmensa obra con el broche del humorismo sano y reconfortante que sabe que la extinción de la vida es la ley indispensable de la renovación.

¡Pobre humanidad si no tuviese idealistas esforzados que desgarran con los aguzados hierros de sus lanzas audaces los negros velos del pesimismo y de la realidad abrumadora, para que por los desgarrones entre a raudales la dorada luz que vivifica!

El señor Acevedo poseyó la *ciencia y el sentimiento* de la pedagogía en tan alto grado que, después de enseñar a los jóvenes para que supiesen ser hombres, enseñaba a los hombres para que supiesen ser ciudadanos y a las jóvenes para que supiesen ser mujeres y a las mujeres para que supiesen ser madres. Y a todos nos enseñó el amor a la ciudad en que nacimos, a la Patria en que ciframos nuestros ideales y a la pobre humanidad que ha de buscar sus días de sosiego y felicidad en el forcejeo de sangrientas y dolorosas contiendas. Sobre todo, nos enseñó a no escatimar el es

fuerzo de nuestra inteligencia para redimirnos de las fatalidades naturales y a elevar el espíritu para que de nuestro paso por la tierra quede una triple estela de amor, de luz y de paz.



Discurso del Presidente DON ANTONIO VICTORY

SEÑORAS Y SEÑORES:

ANTES de dar por terminado este acto, he de decir cuatro palabras, para justificar su celebración.

A raíz de la muerte del señor Acevedo acordó la Junta Directiva del Ateneo hacer constar en acta su sentimiento por la pérdida del distinguido compañero, socio fundador y de mérito, a quien quizás más que a nadie se debe la creación de este centro, como también los acuerdos de colocar su retrato en la Biblioteca o en el salón de lectura, ya que había desempeñado el cargo de bibliotecario durante doce años casi constantemente, y celebrar una solemne sesión dedicada a su memoria. Con el acto de hoy hemos cumplido todos los acuerdos.

Hemos dicho que quizás sea Acevedo a quien, más que a nadie, se deba la fundación del Ateneo; en efecto, diferentes veces le oí decir que desde su llegada a esta ciudad había echado de menos la existencia de un centro como éste; y poco aficionado a pasar el rato en casinos y cafés, no cejó en su propaganda hasta verlo creado. Desde entonces puede decirse que pasaba aquí la mitad de su vida. A él se deben los primeros trabajos de organización de la Biblioteca; el catálogo general que formó en papeletas, ha servido de fundamento a los sucesivos y aun hoy es la base principal de aquella importante dependencia del Ateneo. Y cuando en sus últimos años, minada ya su existencia por cruel enfermedad, no podía tenerse de pie en la Biblioteca, al sitio que invariablemente ocupaba todos los días, en esa sala inmediata, le llevábamos las obras de nuevo ingreso para catalogarlas. Allí acudíamos también a consultarle sobre cualquier asunto que deseásemos averiguar de cualquier

rama del saber humano, con la seguridad de que había de darnos la solución o indicarnos el camino seguro para hallarla.

La celebración de este acto, aparte del recuerdo que representa y que en justicia debía el Ateneo tributar a Acevedo, a mí ha de complacerme forzosamente, porque aunque disentíamos en algunos ideales, coincidimos constantemente en todo cuanto aquí se ha dicho, se ha proyectado y se ha hecho por la cultura y por las instituciones sociales convenientes a Menorca. Sus ideas sobre libertad económica, sobre la cooperación, la unión de todas las clases sociales y el apoyo a las aludidas instituciones, son las mismas que yo vengo predicando, no con la elocuencia ni en el brillante estilo de Acevedo, pero sí con igual fe y convicción, en mis pobres trabajos en esta tribuna y en la prensa.

Aquí le hemos oído las siguientes frases, tomadas de un ilustre economista: «La libre y consciente asociación de los hombres por medio de la cooperación, es capaz de resolver todos los problemas que se imponen al individuo aislado como barrera para su bienestar. La cooperación sirve no sólo a los obreros, sino a todas las clases, y al tratarse capitalistas y trabajadores, en relación de igualdad dentro de la sociedad cooperativa, comprenden su mutua necesidad para la acción económica, se zanján diferencias y se desvanecen prejuicios, considerándose como socios y compañeros.»

Yo quisiera que estas palabras quedaran grabadas en la mente de todos y las fuéramos difundiendo en las diferentes clases sociales; porque el mejor tributo que podemos rendir a la memoria de Acevedo, es seguir sus consejos en estos asuntos, cuya finalidad es el mejoramiento del bienestar general. Haciéndolo así, nos evitaríamos muchas dificultades a que son propensos los actuales tiempos. Por no haberlos practicado con constancia, hemos visto, con pena, desaparecer alguna de aquellas instituciones que con tanto cariño habíamos fundado; y estamos presenciando como otras languidecen y llevan una vida raquítica, que les impide dar el fruto que debieran.

Si alguna vez en nuestras conversaciones me mostraba yo desanimado, me sentía pesimista o me lamentaba de que no obtuvié-

ramos todo el resultado práctico que deseara de las instituciones que habíamos fundado, él me animaba siempre, y respecto al Ateneo me decía: «fomente usted la biblioteca y no tema por el Ateneo». Y en efecto, siguiendo sus consejos, ha llegado a ser nuestra biblioteca, por su importancia, la segunda de la Isla probablemente, y nuestro salón de lectura, indiscutiblemente el primero; y ellos son la base, el más firme sostén de esta institución.

Me propongo que la noticia de la celebración de este acto llegue a conocimiento de los hijos de Acevedo, y, en la seguridad de que ha de servirles de grato consuelo y les ha de complacer el recuerdo que tributamos a la memoria de su padre, doy las gracias en su nombre, y también en el del Ateneo que lo ha organizado, a todos los que con su presencia han contribuído a su mayor solemnidad, en particular a las representaciones de nuestro primer centro docente, el Instituto General y Técnico, del profesorado, corporaciones oficiales, ateneos, prensa y muy especialmente a los señores Ballester y Lafuente, que han sabido presentarnos fidelísimamente la personalidad de Acevedo y su obra cultural, y han cumplido de modo tan brillante el encargo que les confirió la Junta Directiva.

He dicho.

Bibliografía

Las metamorfosis de un erudito.—Novela ejemplar compuesta por **Angel Ruiz Pablo.**—Colección selecta internacional. Editada por Gustavo Gili, en Barcelona, 1918.

Con el mayor gusto hemos leído esta novela que el autor titula ejemplar y en verdad lo es por la alteza de los sentimientos que inspiran al protagonista de la obra, tipo pintado de mano maestra, quien por las andanzas de su vida justifica el título puesto al libro.

Juan Maza, boticario de Villañeja, es más aficionado que a la farmacopea, al estudio de los clásicos, al de las ciencias naturales y a la reconstitución de la historia de su ciudad natal. En la abstracción de sus estudios se forma su personalidad, que a los cuarenta y pico, desconoce por completo lo que es el mundo, moviéndose en el ambiente de Horacio y Tácito, respirando una atmósfera llena del polvo de los legajos archivados en las más antiguas casas de la

ciudad y familiarizándose con las especies animales más rebeldes a la vulgarización. Con tales antecedentes, júzguese como obrará sobre su espíritu virgen, el aguijón suavemente infiltrado del amor de Angeles Avendaño, viuda recatada y experta de la que el erudito queda prendado castamente, con todos los entusiasmos de su corazón. Ni el conocimiento de una antigua desgracia del ser adorado, que en el concepto vulgar es grave falta; ni el dominio que Angeles pretende ejercer sobre su ánimo para apartarle de la veneración que profesa a los Pinar, descendencia de una noble casa que está al borde de la ruina y sólo a fuerza de todo género de astutas maquinaciones puede esconder su posición real no ignorada de la viuda, víctima la más grande y la más oculta del último vástago de la encoquetada familia; ni los consejos del médico Vallés, asíduo concurrente a la botica, producen mengua en el amor de Maza. Completamente aniñado, creyendo en la ingénita bondad de los hombres y no comprendiendo que en el mundo puedan albergarse las malas pasiones ni realizarse las malas obras, desoyendo las advertencias de Angeles, llega a la pérdida de su patrimonio, gracias a la confianza absoluta que le merecen los Pinar, quienes tienen la habilidad suficiente para dar forma de protección a lo que es solo una explotación desconsiderada. Cuando llevado de la ceguera nacida de su reconocimiento a tales señores, éstos le reprochan su benevolencia con Angeles, a la que creen causa de su ruina para realizar una venganza, sufre Maza una nueva metamórfosis, más bien, un lapso en la continuidad de su pasión amorosa, que es de fatales consecuencias. La recriminación a su amada, decide a ésta a huir de Villañeja, creyendo perdido el único amor verdad de su vida y después de vagar por los caminos horas y horas, cae extenuada y acometida por la fiebre, que no la abandona hasta que muere en los brazos de Juan Maza. El boticario, que está a punto de sucumbir al dolor, vuelve a sus legajos, a sus especies y a sus libros, pero, en adelante, la imagen del bien perdido, presidirá las largas horas de meditación y estudio que han de constituir, de nuevo, la única razón de su existencia.

Esta es la trama de la novela del escritor menorquín, que conocemos por la galantería de éste con el Ateneo cumplidamente agradecida. Novela ejemplar la llama el autor y podría el calificativo variar de acepción, pasando del terreno didáctico al crítico, porque realmente puede tomarse como ejemplo de novelas, que merecen el beneplácito del lector.

Sean estas líneas expresión de nuestro aplauso y conducto de nuestra felicitación al novelista.

J. C.

Observatorio Meteorológico de Mañón. = Latitud geográfica 39° 53' - Longitud al E. de Madrid 7° 57' - Altitud, en metros, 43

Resumen correspondiente al mes de abril de 1918

Decadas	BARÓMETRO, EN mm Y A 0°						TERMÓMETROS CENTÍGRADOS						PSICRÓMETRO		
	Altura media	Oscilación media	Altura máxima	Fecha	Altura mínima	Fecha	Oscilación extrema	Temperatura media	Temperatura máxima	Fecha	Temperatura mínima	Fecha	Oscilación extrema	Humedad relt. media	Tensión media en milímetros
1. ^a	755.2	0.18	762.4	3	747.2	8	15.2	12.5	20.1	5	6.0	9	14.1	75	—
2. ^a	751.5	0.49	756.2	11	744.6	14	11.6	13.1	20.1	12	9.0	20	11.1	79	—
3. ^a	756.3	0.28	759.0	27	754.5	21	4.5	12.9	19.7	27	5.1	21	14.6	69	—
Mes	754.2	0.33	762.4	3	744.6	14	17.8	12.9	20.1	5	5.1	21	15.0	75	—

Decadas	ANEMÓMETRO										Lluvia total, en milímetros			Evaporación media en milímetros											
	DIRECCIÓN DEL VIENTO		FRECUENCIA DE LOS VIENTOS				FUERZA APROXIMADA				DIAS DE			DIAS DE			Lluvia máxima en un día								
N.	NE.	E.	SE.	S.	SO.	O.	NO.	Calma	Brisa	Viento	Viento fuerte	Despejados	Nubosos	Cubiertos	Lluvia	Niebla	Rocío	Escarcha	Nieve	Granizo	Tempestad	Lluvia total, en milímetros	Lluvia máxima en un día	Evaporación media en milímetros	
1. ^a	2	»	1	1	»	3	2	1	2	3	1	6	2	2	2	5	»	4	»	»	»	»	63.2	38.0	1.7
2. ^a	2	1	1	1	»	3	1	1	2	3	1	4	3	3	4	4	1	1	»	»	»	20.8	7.7	1.6	
3. ^a	1	3	2	»	1	3	2	1	3	2	2	7	3	»	1	1	3	1	1	»	»	3.2	3.2	2.5	
Mes	5	4	4	2	1	6	5	3	7	11	4	17	8	5	5	10	»	8	1	»	»	87.2	38.0	1.9	

Mauricio Hernández Ponseti.